JOSÉ LUIS CANO Y LA GENERACIÓN DEL 27

Manuel J. Ramos Ortega / Universidad de Cádiz.

Me propongo en esta intervención reflexionar sobre algunos temas relacionados con la crítica literaria que el poeta y crítico José Luis Cano realizó a lo largo de su vida sobre la generación del 27. Justo en el momento en que redacto estas líneas llega la triste noticia de su fallecimiento, el pasado día 15. Posiblemente la bahía de Algeciras, que él contribuyó a hacer más universal, desde la claridad de sus versos, ha perdido un poco de su luz.

Sabemos que Cano, nacido en el año 1912, no perteneció a esta generación, pero sí fue, por edad y amistad, un testigo de excepción, si no del nacimiento -en el año del famoso homenaje a Góngora él todavía era un estudiante de bachillerato en Málaga-, sí de los más importantes acontecimientos históricos en relación con el grupo al que todos conocemos como generación del 27. Por otra parte su amistad personal con muchos de ellos -especialmente con Aleixandre al que trató y visitó en Madrid durante muchísimos años-, la correspondencia que con gran parte de ellos mantuvo y su dedicación al mundo de la edición, las revistas y empresas literarias, durante casi cincuenta años, justifican plenamente estas jornadas y reivindican la figura de José Luis Cano, no sólo como poeta, crítico y editor, sino como una de las personalidades más trascendentes que ha conocido la literatura española del siglo XX. No podemos dejar de mencionar, aunque sea de pasada, la revista *Ínsula* que él fundó, junto con Enrique Canito, en 1946, y a la que dedicamos un homenaje en los Cursos de Verano de San Roque de 1996, al cumplirse sus cincuenta años de existencia; verdadera continuadora del espíritu y la tradición de las revistas literarias del 27, como *Litoral, Mediodía, Revista de Occidente...,* sin la cual probablemente la historia de la segunda parte del siglo XX sería otra. Tampoco debemos olvidar el Premio y la colección de poesía *Adonais,* que tanta influencia han ejercido en el nacimiento, difusión y trayectoria de las diferentes promociones poéticas de esta última parte del siglo.

José Luis Cano ha ejercido la crítica literaria durante más de cincuenta años con sus dotes de extraordinario lector 'de literatura, atento siempre a la última novedad y con un conocimiento de las corrientes más modernas de la lírica europea.

Su obra crítica no sólo se ha ejercido sobre esta última parte del siglo, desde la generación del 27 hasta nuestros días, sino que también ha tocado aspectos de nuestra Ilustración y Romanticismo, aunque, como es lógico, su mayor contribución ha sido a la literatura contemporánea. Y esto se debe en gran parte, según me alcanza, a que crítica literaria y vida son casi inseparables en José Luis Cano. Especialmente en el caso de la crítica sobre los poetas del 27, a los que conoció personalmente y con los que tuvo, en muchos casos, una gran amistad. Así, cuando habla de un poeta o del último libro publicado por ellos, no lo hace sólo como crítico sino como amigo personal y, en algunos casos, como testigo directo del nacimiento del mismo. Y esto que, en otros casos, podría suponer subjetivismo e incluso parcialidad a la hora de juzgar el libro, no sólo no influye para una correcta valoración de la obra, sino que además le añade conocimientos nuevos y datos preciosos y precisos que el lector y aficionado a la literatura agradecen en la medida que les está proporcionando una información no sólo complementaria sino en muchos casos decisiva. El resultado, en cualquier caso, es añadir interés y conocimiento a la lectura. Por otra parte, la prosa de José Luis Cano es una de las mejor escritas en estos años. Su esmerado y luminoso estilo siempre está al servicio de una extremada sensibilidad y juicio crítico, alcanzando en muchísimas ocasiones grandes hallazgos expresivos que hacen que disfrutemos todavía más de la materia literaria a la que está dedicando su atención y añade argumentos para entender mejor el libro o el poeta enjuiciado. En ningún momento Cano hace alardes de erudición, ni mucho menos de pedantería; su método crítico, si se puede hablar en estos términos, es hacer que el lector se aficione a la poesía y que su crítica sirva de introducción esclarecedora al libro o libros que está tratando. Su contribución al conocimiento de la literatura del siglo XX se ha convertido en absolutamente imprescindible y eso lo sabemos todos aquellos críticos o profesores, además de aficionados a la poesía, que nos dedicamos a la literatura española contemporánea especialmente. A pesar de que, en muchos casos, estos textos tienen más de cincuenta años, se podría decir que no han envejecido ni han perdido valor. Antes al contrario, su actualidad en muchos casos es más que sorprendente y se han convertido en verdaderos hallazgos e iniciadores de una nueva corriente de pensamiento crítico, como en el caso del poeta Luis Cernuda, prácticamente desconocido en España para las generaciones de posguerra, hasta que José Luis Cano empieza a reivindicar su nombre. Y por si esto fuera poco, casi todos ellos tienen el valor añadido de estar escritos con la frescura y espontaneidad de la inmediatez o de la más absoluta contemporaneidad a la obra.

Gran parte de la reflexión crítica de José Luis Cano sobre la generación del 27 está recogida en el volumen titulado *La poesía de la generación del 27*[1]. En una nota previa, Cano resume muy brevemente el contenido del libro:

> *He reunido en este librito la mayoría de mis trabajos -artículos críticos y evocaciones biográficas- sobre los poetas de la generación de 1927, a algunos de los cuales me ha unido, y me sigue uniendo, entrañable amistad, lo que me ha permitido asistir, como testigo más joven, a su aventura humana y literaria. Muchas de esas páginas aparecieron ya en mi libro, hoy agotado,* Poesía española del siglo XX, *publicado por esta misma editorial. Otras son inéditas, y se publican en libro por primera vez.*
>
> *Aunque José Moreno Villa no pertenece estrictamente a la generación del 27, se sintió, a partir de los años veinte, muy ligado a ella, y fue en cierto modo un precursor o adelantado de su aventura estética. Lo que justifica la inclusión en este libro de unas páginas sobre el autor de* Jacinta la Pelirroja.[2]

Llama la atención de este breve texto:

---

(1) José Luis Cano, *La poesía de la generación del 27*, Ediciones Guadarrama, Segunda Edición, Madrid, 1973. Lleva una nota editorial que dice: "Para esta segunda edición, he actualizado en lo posible la bibliografía que va al final del volumen, y he añadido algunas fichas sobre Fernando Villalón, que no figuraba en la primera. La primera edición, en esta misma editorial, es de 1970".

(2) *Op. Cit.*, p. 9

1º La distinción que hace el propio Cano entre textos críticos y «evocaciones biográficas»

2º La propia calificación de sí mismo como «testigo más joven», sabedor de que no puede incluirse como miembro de la generación.

3º La definición que hace del 27 como «aventura humana» y «aventura estética». En efecto está muy claro, sobre todo después de leer el libro, que la visión de Cano sobre la generación es una visión de continuidad, a través de los años, de una trayectoria que tiene su origen en los años veinte y se proyecta, a pesar de la guerra y el exilio, hasta finales de los años setenta, llenando medio siglo de la historia de España. Es ése el sentido de la palabra «aventura» para José Luis Cano. Y es importante decirlo para entender también su sacrificio como poeta y su fidelidad a un grupo de escritores que, a pesar de la guerra y el exilio, han permanecido -aunque no en todos los casos- unidos por el hilo de los afectos. Buena parte de «culpa» la ha tenido el propio José Luis, que supo crear, en torno al llamado exilio interior, un referente común, que bien podrían llamarse *Ínsula*, la casa de Velingtonia 3, o sus muchas ediciones y trabajos críticos dedicados a dilucidar las claves líricas de los poetas de esta generación.

Durante muchos años la historiografía crítica sobre el 27 homogeneizó a los poetas del grupo, partiendo del concepto clásico acuñado por Petersen y luego refrendado por Pedro Salinas, entre otros, para el estudio de las generaciones. Hoy el estado de la cuestión para éste y otros grupos denominados, hasta ahora, como «generaciones del. ..» (68,98,27,15,36,50...) no es el mismo evidentemente, y es en esto, tan sólo, donde puede que el estudio de Cano haya perdido vigencia, aunque desde luego todavía es plenamente válido en la crítica individualizada de cada autor. No obstante, como hemos dicho, cuando Cano se pone a escribir del grupo de poetas que se reúnen en torno a la celebración del centenario de Góngora, en diciembre de 1927, en Sevilla, lo hace con una visión de conjunto que no es la misma que para un crítico o historiador de la poesía situado en la comodidad de su estudio, con una visión distanciada de los hechos. Prueba de ello es que Cano empieza definiendo al grupo de poetas como «la generación de la amistad» y aduce para demostrar esto las frecuentes visitas que hacía a casa de Vicente Aleixandre, en la calle de Velingtonia, durante los primeros años de la República, en torno a sus amigos de entonces: García Lorca, Dámaso Alonso, Rafael Alberti, Altolaguirre, Cernuda....

> *La charla era entre ellos viva y cálida, cordial y fraterna, nunca seria ni grave. Federico remedaba a un «putrefacto» [...], o declamaba burlonamente poemas sentimentales, o, de pronto, se sentaba al piano y se ponía a cantar canciones populares, andaluzas, castellanas, gallegas[...], acompañándose a sí mismo con su innato talento musical. La alegría vital que se desprendía de su voz, de su mirada, de sus gestos, era tan intensa y expresiva, que se comunicaba mágicamente a los demás, y le escuchábamos hechizados deseando que no terminara nunca. Y cuando, de pronto también, dejaba de tocar y se despedía rápidamente de sus amigos, como arrebatado por una llamada que le obligaba a salir de aquella casa, un extraño vacío pesaba sobre los que nos quedábamos, rompiendo el hechizo de la alegre reunión. Era como si el dios mismo de la alegría se hubiese alejado, dejando un poso de tristeza en aquella habitación donde, poco antes, había palpitado poderosa la vida.*(3)

De este primer rasgo definidor de la generación, como un grupo de amigos, derivan en buena medida las dos siguientes: Continuidad histórica (no ruptura entre los años anteriores y posteriores a la guerra civil); y formación de una «polis» literaria entre los miembros que se quedaron (Aleixandre, Dámaso Alonso, Gerardo Diego) y los exiliados (Guillén, Salinas,

(3) *Op. Cit.*, p.14

Cernuda, Alberti, Prados, Altolaguirre...), de manera que a juicio de Cano -lo que es más discutible- «el contacto entre unos y otros no se rompió nunca».

El libro de Cano sobre la generación del 27 es también una obra histórica e historicista, quiero decir que goza de una visión de los hechos en gran medida sujeta al momento histórico en que se escribe.

¿Cuál es éste? Ha pasado la guerra civil, se ha producido el exilio o diáspora de la inteligencia española durante la República, la segunda guerra mundial ha finalizado, Europa y el mundo se han dividido en dos potencias, los libros del exilio comienzan a llegar y el influjo de la denominada poesía pura o la deshumanización del arte de Ortega ha perdido vigencia y, por contra, se ha instalado, desde unos años antes de la guerra civil, la llamada corriente rehumanizadora, consecuencia sin duda de los últimos acontecimientos históricos que ha vivido España. Esto lo ve Cano, que a lo largo de su obra no deja de insistir una y otra vez en la pérdida de interés por la poesía pura y el distanciamiento con respecto al modelo de los años veinte: Juan Ramón Jiménez. En realidad, si hubiera que resumir la tesis del crítico sobre el 27, ésta se reduciría a la siguiente enunciación:

> *La generación «fue evolucionando hacia los últimos años veinte y, especialmente, a partir de 1930, desde una poesía pura, intelectualizada, aséptica, hasta una poesía más cálida y abrasada [...] Es la distancia que va de* Ámbito, *de Aleixandre* (1928) *a* Espadas como labios (1932) *y* La destrucción o el amor (1934) *del mismo; o de* Perfil del aire (1927), *de Cernuda, a* Donde habite el olvido (1933) *[...] Y si ya la rehumanización de nuestra lírica se había iniciado en los años inmediatamente anteriores a 1936, podía esperarse, como así ocurrió en efecto, que la sacudida trágica de la guerra española acentuase el tono cálido, apasionado, desgarrado, de aquellos poetas y les alejase todavía más del prurito estetizante y el clima aséptico de los años 1920 a 1930»* [(4)].

Poco más adelante, esta actitud francamente favorable a una defensa de la reimplantación de la literatura humanizada, queda de nuevo de manifiesto en la reseña del libro de Aleixandre *Historia del corazón* (1954). Son los años en los que el poeta de *Sombra del paraíso* enarbola la enseña de la poesía como comunicación.

> *Los poemas de este libro* -Historia del corazón- *no persiguen tanto la belleza y elegancia del verso, el halago musical de los sentidos, como la comunicación emocional con el lector...* (p.156)

Y un poco más adelante, hablando todavía de este libro aleixandrino, insiste en el aspecto central de la poesía radicalmente humana:

> Historia del corazón *es, en gran parte, poesía de circunstancias, pero de la más honda y radicalmente humana, de la que es susceptible de un tratamiento metafísico, de una actitud meditativa.* (p.157)

José Luis Cano establece dos etapas claramente diferenciadas en la trayectoria histórica del 27.

* 1920-1928: Época de predominio de la poesía pura. Prioridad del modelo gongorino y de mayor influencia del poeta puro por excelencia: Juan Ramón Jiménez. Magisterio de Ortega y de su *Revista de Occidente*

* A partir de 1928: Fase «neorromántica (Dámaso Alonso) o rehumanizada, etapa en la que surgen libros como: *Pasión de la tierra y Espadas como labios*, *Sobre los ángeles, Poeta en Nueva York y Donde habite el olvido*. A este nuevo «clima» contribuye extraordinariamente el libro de Neruda *Residencia en la tierra* (1935). El magisterio de revistas como *Litoral y Revista de Occidente* es sustituído por el de *Caballo verde para la poesía*, la revista de Pablo Neruda que, en el primer número, lanza el manifiesto «para una poesía sin pureza».

---

(4) *Op. Cit.*, p. 118

De izquierda a derecha, junto al mar malagueño, Tomás García, Darío Carmona, José Luis Cano y Emilio Prados (1929). (Archivo A. Sanz)

Con el progresivo distanciamiento de Juan Ramón, que se sintió claramente aludido por el homenaje que los del 27 tributaron a Neruda, los trágicos acontecimientos históricos de la guerra civil y el exilio, se cierra el proceso de la corriente rehumanizadora que había comenzado en 1928. La publicación, en 1944, de *Sombra del paraíso y* sobre todo de *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso, culmina este proceso.

Los cuarenta y dos estudios individuales que integran el libro dedicado a la generación del 27 quedan repartidos en esta forma: Vicente Aleixandre: 10; Luis Cernuda: 9; Dámaso Alonso: 4; Gerardo Diego, Jorge Guillén, Moreno Villa y Pedro Salinas: 3; Emilio Prados y Manuel Altolaguirre: 2; Rafael Alberti, Villalón y Lorca: 1.

De los doce poetas estudiados, ocho son andaluces y cuatro castellanos. De lo que parece demostrarse una mayor preponderancia, como ha venido diciéndose, de la poesía andaluza en la generación del 27. Pero también hay que tener en cuenta que José Luis Cano es andaluz, lo que también puede explicar el carácter mayoritariamente andalucista de su ensayo.

De los doce nombres, ocho configuran la nómina canónica del 27: Lorca, Salinas; Guillén, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Aleixandre, Luis Cernuda y Rafael Alberti; mientras que cuatro son los considerados poetas menores: Fernando Villalón, José Moreno Villa (que propiamente no corresponde a la generación del 27, aunque Cano lo incluye porque «a partir de los años veinte se sintió muy ligado a ella»), Emilio Prados y Manuel Altolaguirre. Llama poderosamente la atención la ausencia de mujeres escritoras de la generación.

Hay también dos grupos diferenciados de trabajos: los que el propio Cano denomina «artículos críticos» y las «evocaciones biográficas». De entre las segundas, las menos frecuentes, podemos destacar especialmente la evocación de Federico García Lorca y la de Emilio Prados, aunque dedica también otra a Manuel Altolaguirre. Es normal porque estos dos poetas -Prados y Altolaguirre- eran malagueños y, como sabemos, José Luis Cano pasó gran parte de su juventud en Málaga, especialmente los años de formación en el Instituto General y Técnico.

A Lorca lo evoca a la altura de 1928 o 1929. Federico era ya el autor del *Romancero gitano* y *Mariana Pineda*. Emilio Prados era entonces director de *Litoral* y gracias a él ha leído los primeros libros de estos poetas. Gracias a él conocerá también una mañana en Málaga, acera de la Marina, a Federico.

> *¿Cómo era Federico cuando le vi en Málaga por primera vez? Yo le recuerdo siempre con su ancha risa morena en un rostro de pómulos acusados, entre los que brillaba unos ojos oscuros[...]*
>
> *¿Y la voz de Federico? ¿Cómo era? Nadie que alcanzó a oírla la podrá olvidar. Porque era una voz mojada, oscura y cálida, quebrada a veces por la alegría o la pena.* (p.30)

De Federico recuerda su defensa de la justicia social en una mañana primaveral del Madrid de 1936, muy próximos los dramáticos acontecimientos de la guerra civil:

> *En el mundo ya no luchan fuerzas humanas sino telúricas. A mí me ponen en una balanza el resultado de esta lucha: aquí tu dolor y tu sacrificio, y aquí la justicia para todos, aun con la angustia del tránsito hacia un futuro que se presiente, pero que se desconoce, y descargo el puño con toda mi fuerza en este último platillo* (p.32)

Más emocionada es la evocación que hace del poeta malagueño Emilio Prados, muerto de una embolia pulmonar en el exilio, el día 24 de abril de 1962. Emilio Prados había sido su gran valedor en los años de juventud malagueña. Él había fundado y dirigido, con Manuel Altolaguirre, la revista y los suplemento de *Litoral* en la imprenta Sur. El conocimiento de Prados fue decisivo para el joven Cano, detrás o al frente de la poesía recién descubierta estaba Emilio, con su palabra de poeta, con su amistad generosa y entregada que lo daba todo sin pedir nada a cambio. Su relación con Emilio, como con Manuel Altolaguirre, es la historia de una amistad.

El poeta de la generación del 27 más extensamente tratado, como hemos dicho, es Aleixandre. Está ahí recogida toda la trayectoria aleixandrina desde *Sombra del paraíso* hasta los *Poemas de la consumación* . Es decir toda la segunda parte de su obra y la más claramente decidida por una tendencia rehumanizadora que ya había iniciado en los libros anteriores a la guerra civil: *Pasión de la tierra* y *Espadas como labios.*

Respecto a *Sombra del paraíso*, Cano se interroga sobre la esencia del libro. El paraíso del libro de Aleixandre no es un paraíso clásico sino romántico: un paraíso de juventud. En efecto algunos de los poemas de este libro parecen «un noble y encendido homenaje a la juventud del mundo». Como reconoció el propio Aleixandre en carta a Dámaso Alonso:

> *"Esos poemas son visiones de aquel paraíso al que yo llamo juventud, pero que trasciende de una juventud personal para ser como la juventud del mundo. Y por eso yo siento que ese cántico mío, verdadero cántico, no celebra lo que me rodea, sino el mundo para el que nací y en que no me hallo"*

Los siguientes libros de Aleixandre -*Mundo a solas, Nacimiento último, Historia del corazón, En un vasto dominio* y *Poemas de la consumación*- dibujan la segunda etapa de la poesía del poeta malagueño en donde se acentúa y culmina una visión abarcadora y honda de la existencia humana. Si en los primeros libros el amor solo se realizaba con la integración del hombre en las fuerzas del universo y finalmente con la muerte, en los *Poemas de la consumación* -último libro de Aleixandre- la muerte no se identifica con la consumación del amor, sino con el lento e inevitable acabamiento de una vida.

La poesía de Dámaso es la que mejor refleja, de todos los poetas estudiados, la trayectoria vital y literaria que describe la evolución de la poesía española contemporánea, desde los primeros años veinte, hasta el año 1944. Porque justamente en este año, Dámaso, con su *Hijos de la ira*, fue el que mejor retrató la crisis que se produce en la conciencia y en la literatura española de los años cuarenta. Dámaso había ya publicado un primer poemario, *Poemas puros: poemillas de la ciudad,* en 1921, es decir en la que hemos llamado primera época de la generación del 27, de predominio de la poesía pura y magisterio indiscutible de Juan Ramón Jiménez. No obstante, el título del libro no debe engañarnos, pues esos poemas puros de Dámaso no tienen que ver con la poesía pura que dominaba en los años veinte. «*Son puros* -nos explica José Luis Cano- *en el sentido de naturales, de claros y tersos, de la ternura y delicadeza que encierran. Lo puro en ellos es la mirada del poeta* [. ..] *Pero nada de poesía fría e intelectualizada...*» (p.121)

Después de este primer libro viene una etapa, una larga etapa de sequedad creadora solamente recuperada, después de la guerra civil y la segunda guerra mundial, en 1944, con *Hijos de la ira*. José Luis Cano explica así la razón de estos largos años de silencio y la recuperación de una voz clave para el total esclarecimiento de la atmósfera de aquellos años.

> *Ya no era posible mantenerse aislado e indiferente ante la tragedia, alimentándose de belleza pura. Había que compartir esa tragedia con los demás, preocuparse por los otros hombres, clamar contra la injusticia y la crueldad, contra la miseria y el odio, y preguntar a Dios por qué, por qué tanto dolor, tanta injusticia, tanto horror caído sobre los hombres. Y eso fue lo que hizo Dámaso Alonso al irrumpir en 1944, en medio de una atmósfera de poesía fría y formalista -dominada aún por el neogarcilasismo...*(pp.122-123)

Aprovechando que trata a Dámaso, José Luis Cano trae también a su ensayo los dos conceptos acuñados por el poeta y filólogo para resumir la poesía de estos años: el de «poesía arraigada» -los poetas que «sienten su alma empapada de fe y esperanza y ven el mundo como un todo armónico del que se sienten solidarios, bajo la benévola mirada de Dios (p.108)- y el de «poesía desarraigada» -poetas para los que «el mundo es un caos y un absurdo, y Dios no se entrega sin resistencia, sin que el alma luche agónicamente por su posesión (ibid.). Naturalmente que ni decir tiene que Dámaso se adscribe, a sí mismo y a su *Hijos de la ira,* dentro de esta segunda tendencia. Esta nueva bifurcación vendría a dividir la poesía española en dos polos, como años antes ocurría con la poesía pura y la poesía rehumanizada (de nuevo habría que recordar la polémica

entre Neruda y Juan Ramón) o, como más adelante se hablaría de la poesía como «comunicación« (Aleixandre), frente a la poesía como «conocimiento» (Carlos Barral, Gil de Biedma y la llamada «escuela de Barcelona»).

El mismo tratamiento que los dos anteriores -Aleixandre y Dámaso- recibe la poesía de Jorge Guillén al que -según Cano- también alcanza el movimiento de rehumanización consolidado por *Hijos de la ira:*

> *Tal evolución hacia el realismo humanista se observa incluso en un poeta como Jorge Guillén, considerado por algunos como ejemplo cimero de la poesía pura, equivalente al que representaba Paul Valéry en la poesía francesa. Pero no olvidemos* -dice Cano recordando la famosa carta de Guillén a Fernando Vela, reproducida por G. Diego en su *Poesía española contemporánea- que ya en 1926, es decir, en plena época del purismo poético, rechazaba Guillén la poesía demasiado pura, viendo en ella el peligro de que resultara demasiado inhumana, irrespirable y aburrida.* (p.79)

Y aún continúa profundizando en esta misma línea:

> *...se ha producido en* [la obra de Guillén] *si no una ruptura, sí una muy definida evolución hacia una fase en que los elementos predominantes del poema no son ya los puramente estéticos, una fase de* ***poesía temporal e histórica*** (el subrayado es mío), *de poesía «preocupada», que se inicia al cerrarse el ciclo de* Cántico *(1928-1950) y abrirse el segundo gran ciclo* -Clamor- *de la lírica guilleniana (p. 80)*

Precisamente de los tres libros de este segundo ciclo -*Maremagnum, Que van a dar en la mar* y *A la altura de las circustancias*- el tercero lleva un título tomado de una cita de Antonio Machado en su *Juan de Mairena*, lo cual es bastante significativo: «Es más difícil estar a la altura de las circunstancias que *au dessus de la melée*». Como se ve el modelo ha cambiado y ya no es Juan Ramón sino Antonio Machado.

De Pedro Salinas destaca Cano su poesía amorosa -*La voz a ti debida* y *Razón de amor*- «una de las más ricas de subjetividad e intimidad de la poesía española» (p.53) y de cómo en su poesía de la etapa americana -*El contemplado, Todo más claro* y *Confianza*- «el amor deja paso a otros motivos y preocupaciones» (p.57), es decir la preocupación por la explosión de la bomba atómica, la amenaza nuclear, el agobio y avance de la era de la técnica frente al humanismo, etc... A Pedro Salinas, uno de los «seniors» del 27, también lo recuerda en su vertiente crítica y teatral.

Todavía hay lugar para detenerse en las figuras de los llamados poetas menores del 27 -Altolaguirre, Prados y Fernando Villalón. Justamente de este último, el poeta ganadero que se dedicaba a criar toros que tuvieran los ojos verdes, es un enjundioso y pionero trabajo del que se ha comentado poco, aunque sin duda muestra particular interés para el tan traído y llevado tema del «neopopularismo» («El neopopularismo andaluz en la poesía de Villalón. Mito y leyenda de un poeta tardío»). Villalón es uno de los casos más singulares de toda la historia de la poesía española. Ganadero, poeta, espiritista, su vida literaria activa apenas duró cuatro años, desde la publicación de su primer libro, *Andalucía la Baja* hasta 1930, fecha de su muerte en un sanatorio madrileño. En apenas estos cuatro años, Villalón leyó y escribió mucho, se dejó influir por Rubén Darío, por Lorca -con algunos matices de los que ahora hablaremos-, por los simbolistas franceses y fundó, con Rogelio Buendía y Adriano del Valle, una nueva revista literaria, *Papel de Aleluyas.*

Su primer libro lo publicó en la editorial «Mediodía», la que publicaba la revista del mismo nombre. A éste siguen *La toriada* (1928) *y Romances del 800* (1929). Los tres libros se agotaron rapidísimamente, aunque hoy disponemos de una reciente edición de *Poesías completas* de F. Villalón que debemos a Jacques Issorel. La cuestión más interesante es la de si hubo influjo de Lorca en la poesía del sevillano. Para José Luis Cano este aspecto está claro: el primer libro de Villalón aparece dos años antes que el *Romancero Gitano* de Lorca y, como dice el crítico, «cierto que Lorca compuso sus poemas

Tertulia en el café Lyón de Madrid, 1956. De izquierda a derecha: Alfonso Canales, Dámaso Alonso, José Luis Cano, Vicente Aleixandre y Carlos Bousoño. (Archivo A. Sanz)

en los años de 1924 a 1927, y que en 1926 empezaron a ser conocidos al publicarse en revistas; pero esto no prueba la influencia, que [a Cano le] parece discutible» Y termina proponiendo la posibilidad de dos inspiraciones paralelas «cada una con su acento propio y su vuelo genuino». Sobre el neopopularismo de ambos poetas -Lorca y Villalón- Cano, sintonizando también en esto con el espíritu de todo su ensayo, se muestra más proclive al estilo de Villalón por «su concisión y sobrio desgarro[...] frente al lujo verbal e imaginativo de los romances lorqueños».

Una edición de *Marinero en tierra* y una Antología de poesía amorosa (1967) le dan pie a Cano para detenerse brevemente en la poesía popular y amorosa del poeta gaditano Rafael Alberti, al que conoció en Madrid, en el año 1936, junto a Miguel Hernández. Gerado Diego también se asoma a las páginas de su libro con una breve mención a sus libros *Soria, Paisaje con figuras* y *La suerte o la muerte.*

Pero sin duda el poeta al que más páginas dedica Cano, después de Aleixandre, es a Luis Cernuda. Yo creo que el poeta de la *Calle del Aire* ejerció una fuerte influencia en la vida y la obra del crítico gaditano. Quizá también es cierto que pronto establecen amistad en la Málaga de los Altolaguirre, Prados y la revista *Litoral.* Hay también un componente elegíaco y nostálgico en la poesía del sevillano muy del gusto de José Luis Cano. La nostalgia por los paraísos del sur, la Grecia clásica en la línea de la lírica de Keats y del alemán Horderlin -nunca de Darío-, es también uno de los elementos configurativos de la estética de Cernuda, afines a los sentimientos poéticos del poeta de los *Sonetos de la Bahía.* Cernuda tampoco participó -o participó muy poco- de los presupuestos de la llamada poesía pura y, cuando aceptó el juego, tampoco salió muy bien parado del intento. Su primer libro, *Calle del Aire* (1927), fue muy pronto, o ignorado, o acusado de parecerse a Guillén. Su

adscripción al surrealismo duró relativamente poco tiempo y aun así fue un surrealismo de aspecto muy «neorromántico», como dirá Cano, y pronto se decanta por un becquerianismo -según Juan Ramón-, que va a dar un título tan significativo como *Donde habite el olvido.* Hay además en Cernuda un aspecto oscuro y legendario que contribuye a hacer de él a la vez un personaje que lo mismo levanta odios que despierta los más profundos sentimientos de solidaridad. Su voluntario exilio, incluso mucho antes del exilio político de 1936, el abandono de su patria chica -su familia y su casa sevillana-, su enarbolada bandera de libertad e independencia... todo contribuye a hacer de él unas de las figuras más interesantes y quizá más actuales de toda la generación del 27. José Luis Cano, siempre atento y siempre lúcido, se dio cuenta inmediatamente de este moderno legado de la figura y la obra del poeta de *La Realidad y el Deseo.*

Un hecho para mí fundamental es la recuperación, en los últimos años cuarenta, de la obra del autor sevillano, desconocida o muy poco valorada hasta esa fecha. Es un episodio que une los tres vértices de un mágico triángulo de la poesía española contemporánea: la revista y la colección *Ínsula; el* poeta y crítico algecireño; y la generación del 27, a través de uno de sus más lúcidos representantes: Luis Cernuda.

A finales del año 1947, José Luis Cano se dirige por carta a Luis Cernuda, que ya vivía en EE.UU., pidiéndole permiso para una nueva edición de su libro *Ocnos,* que inaugurará la colección de la editorial «Insula», fundada por Enrique Canito. *Ocnos* era un libro de poemas en prosa, publicado por primera vez en Inglaterra, en el año 1942, cuya primera edición estaba agotada y que no se había podido leer en España. Para Cano la prosa de este libro es la mejor de toda la obra del poeta sevillano:

> *Si tuviera que señalar las páginas más bellas de la prosa de Cernuda no dudaría un instante: son las que forman* Ocnos. *No conozco libro de prosa poética tan tersa y delicada, tan armoniosa y transparente*[5]

Luis Cernuda le contesta aceptando y anunciándole el envío de siete poemas nuevos para la nueva edición. Entre estos siete poemas iban tres -*El poeta y los mitos, El enamorado* y *Escrito en el agua*- que la censura, «que entonces se hallaba en su fase más represiva», no tiene inconveniente en suprimir. A Cernuda no le molesta demasiado que le supriman el tercer poema que iba en último lugar en la primera edición del libro porque, a su juicio, actuaba como «tapón e impedía la continuación del libro». Gracias a esta azarosa supresión, Cernuda comprende que el libro queda «listo para cualesquiera adiciones de textos semejantes». En efecto así sería, porque el libro se publicó en dos ocasiones más y siempre con nuevos poemas, hasta completar las tres ediciones en vida del autor. Y, además de esto, le añade a Cano la siguiente puntualización sobre su obra:

> *Es cierto que queda rota la unidad temática andaluza de la primera edición; pero yo nunca pensé centrar el libro en el ambiente andaluz infantil y juvenil, y además me enoja un poco que lo consideren como dictado por «nostalgias andaluzas». Bien sabe Dios que no tengo el menor deseo de volver por aquella bendita tierra, donde viví, contra mi voluntad, tan largo tiempo.*

Como se ve en esta carta, y especialmente el párrafo que acabo de citar literalmente, aclara bastante sobre el carácter del poeta sevillano y especialmente sobre los sentimientos encontrados sobre su tierra, a la que lo mismo amaba que sentía por ella el más fuerte rechazo. Por que en efecto, como dice Cano, los poemas del libro, especialmente los de la primera edición, están dictados por la nostalgia de su tierra y son evocaciones de su infancia y juventud sevillana, aunque Sevilla no se nombre nunca. De nuevo Cano puntualiza:

---

(5) José Luis Cano, «Notas sobre *Ocnos* con dos cartas inéditas de Luis Cernuda», *Litoral*, núms. 79-81, Málaga, 1978, p.197

> *Aunque su autor no lo aceptara, lo mejor de este libro es lo que lleva el sello de la elegía, es decir, la melancólica evocación de sus días sevillanos de infancia y adolescencia, en su luminosa y perfumada ciudad: el mágico hallazgo de la belleza, del amor, de la poesía, de la música.*(6)

Lo importante es que, en efecto, a pesar de algunas dificultades, el libro se publicó en la colección «Ínsula», en el año 1949. Los tres poemas eliminados por la censura franquista también se publicaron, por deseo del poeta, en edición aparte. Fue -creo- una contribución más de José Luis Cano a la recuperación de la generación del 27.

Como resumen o balance final de mi intervención podríamos decir:

José Luis Cano ha contribuido decisivamente al nacimiento y más tarde entronización en la historia de la literatura española del marbete «generación del 27».

Su idea de la generación es una evolución ininterrumpida -no rota por el desastre de la guerra y el exilio-, desde los primeros años veinte hasta muy entrados los setenta, en los que empiezan a desaparecer los miembros más representativos de esta generación -Aleixandre, Dámaso, Guillén...-, en plena actividad creativa desde la madurez de una vida entregada a la poesía y sólo a la poesía.

Esta trayectoria ininterrumpida, llena de episodios históricos sobresalientes, que en algún caso va camino de alcanzar el siglo, de publicaciones de un elevadísimo número de títulos imprescindibles para el cabal conocimiento de la literatura española de este siglo, conoce dos etapas fundamentales: La etapa de la poesía pura (1920-1930) y la fase de la poesía humanizada (1930 en adelante).

Aquellos poetas que nacieron bajo el signo de los nuevos inventos -el cine, el automóvil, la electricidad..., («yo nací, respetadme, con el cine...), que vivieron la revolución rusa, dos guerras mundiales, una guerra civil, el estallido de la bomba atómica, el exilio, la reinstauración de la democracia en España....fueron sobre todo, hijos de su tiempo, como tal lo vivieron y como tal lo reflejaron en las páginas de sus libros. A José Luis Cano le debemos que, con su labor callada y modesta, haya contribuido a que hoy podamos seguir hablando, como a él le gustaría que quedara, de la «generación de la amistad». Quizás porque su amistad ha sido también la mejor aportación a este grupo de escritores. Y ahora, cuando todavía no nos hemos podido recuperar de la triste noticia de su desaparición, creo que su amistad ha sido la mejor lección y el más grande legado que ha podido dejarnos.

---

(6) José Luis Cano, art.cit., p. cit.